

200 años de la conspiración de Chillo

< POR GONZALO ORTIZ CRESPO >

Este 25 de diciembre se cumplen 200 años de la reunión conspirativa que tuvo lugar en la hacienda Chillo Compañía en la Navidad de 1808, de la que fue anfitrión el marqués de Selva Ale-

gre Juan Pío Montúfar. Este mes se conmemora, entonces, el bicentenario de la primera acción concreta que desembocaría en declaración de soberanía en agosto del año siguiente.

Vista actual de una de las áreas de la hacienda Chillo Compañía.



Santiago Serrano.

Cuando se supo en Quito de la invasión napoleónica a la Península Ibérica, el revuelo fue muy grande. Igual sucedió en todas las colonias hispano-americanas, conforme se iban enterando de los acontecimientos. Al revuelo se sumó la inquietud, porque España dejaba de tener un gobernante legítimo, lo que dislocaba la cadena de mando del imperio. En las distintas regiones de España, se crearon juntas soberanas para gobernar en nombre del rey, mientras las autoridades españolas en América, en medio de la confusión, aumentaron sus poderes represivos y su control de la población.

Un segmento de habitantes de la capital de la Real Audiencia de Quito vio ese momento de la historia europea bajo otro prisma: para los criollos quiteños que ansiaban la libertad, lo acontecido en 1808 en España —en especial, la sustitución de **Carlos IV** por **Fernando VII** y la de éste por **José Bonaparte** y la revuelta del pueblo español contra los invasores (relatadas en el artículo anterior de esta serie, GESTIÓN N° 173, noviembre) — se les presentó como la ocasión más propicia para llevar adelante los planes que, en conversaciones sueltas o en conciliábulos secretos, venían acariciando: proclamar un gobierno propio. El pretexto era adecuado: los quiteños argumentarían lo mismo que los españoles: que, al faltar Fernando VII, la soberanía había retornado al pueblo y ese pueblo se daba un gobierno propio, separado del sistema español.

Así que, mientras España iniciaba una guerra de independencia contra los invasores franceses, Quito también comenzaba el camino de su propia emancipación. Ésta no llegaría hasta mucho después —en concreto, 16 años más tarde, en las breñas del Pichincha—, y quienes ese día de Navidad de 1808, que aquel año cayó en domingo, iban llegando a la hacienda de **Juan Pío Montúfar y Larrea**, II marqués de Selva Alegre (1759-1818), so pretexto de una alegre celebración, no podían anticipar la serie de penalidades a las

que iban a estar sujetos por su causa, algunos de ellos con destierros y cárceles y grillos, y otros con la entrega de su propia vida. Pero estaban decididos a conquistar, de una vez por todas, la libertad, que se presentaba ya como única salida a la desesperante situación de la macroregión de Quito, sumida, como se ha visto en capítulos anteriores, en una profunda crisis económica y social.

Quienes llegaron ese día eran todos amigos entre sí y discípulos de **Eugenio Espejo**, muerto 13 años antes: los abogados **Juan de Dios Morales** y **Manuel Rodríguez de Quiroga**, los militares **Nicolás de la Peña Maldonado** y **Juan Salinas de Zenitagoya**, el presbítero **José Riofrío**, cura de Píntag y algunos más, de los que no se sabe. Con toda seguridad, aunque tampoco haya registro de ellos, también concurren a la invitación las esposas y, quizás, los hijos, de quienes tenían familia, pues se trataba no de una fiesta cualquiera sino de Navidad, que en Quito se celebraba de manera especialmente intensa, coronando la Novena del Niño, que congregaba a las familias alrededor de los nacimientos o belenes, arreglados con las figuras más preciosas esculpidas por las hábiles manos de los escultores de los talleres de la ciudad. Entonces —a pesar de la falta que aún hacía la dueña de casa doña **Teresa de Larrea y Villavicencio**, esposa y prima segunda del marqués, fallecida en 1790, por lo que quien hacía de anfitriona era su hija **Rosa Montúfar y Larrea**, entonces de 25 años—, en el convite también estarían **Rosa Zárate**, mujer de Nicolás de la Peña, la heroína que, pocos años después, moriría fusilada junto a su esposo en Tumaco, y de quien el historiador **Roberto Andrade** dice que fue “una estrella en la noche borrascosa de aquella revolución tan infausta como rápida”, así como la mujer de Rodríguez de Quiroga y sus dos hijas, las cuales, tan solo 20 meses después, el 2 de agosto de 1810, presenciarían el asesinato de su padre por parte de los soldados del Real de Lima... Pero eso vendrá después.

A lo largo de los meses transcurridos desde que supieron la revuelta de

los madrileños en mayo y la situación de guerra en la península, este inquieto grupo había reflexionado en secreto qué se debía hacer. Su posición no era exactamente la del cabildo de la ciudad de Quito que ofreció su fidelidad a la corona; ni menos la de los españoles avecindados en la ciudad, que promovieron una colecta para prepararse a hacer frente “al francés”. Por ejemplo, **Pedro Pérez Muñoz**, malagueño, a la sazón de 41 años y casado con la criolla **María Teresa Calisto y Borja**, la hija de **Pedro Calisto y Muñoz**, regidor perpetuo de la ciudad, donó 200 pesos fuertes y propuso construir un barco, para resguardar las costas de una posible invasión napoleónica, como lo cuenta él mismo en la narración de los hechos de la revolución quiteña que, desde su visión de consumado realista y testigo presencial de los acontecimientos, dejaría para la posteridad (*Compendio de la rebelión de América*, Fonsal, 2008). Este grupo tenía otras ideas, y ese día habrían de tomar una resolución.

Tomando el agua un poco más arriba, bien cabría decir que no era la primera vez que los avatares de la historia de España tenían repercusiones en Quito. La derrota de la Armada franco-española en la batalla naval de Trafalgar en 1805, y el predominio marítimo que alcanzó Inglaterra con su triunfo (ver número anterior), llevó a que Quito, haciendo un gran esfuerzo, se propusiera defender Panamá para impedir que cayera en manos inglesas. Fue **Francisco Luis Héctor, barón de Carondelet**, quien, como presidente de la Audiencia, envió en 1806 un contingente de 400 soldados, bajo el mando del capitán Juan Salinas, a resguardar Panamá. Dada su posición geográfica, Panamá era clave para Quito: no sería exagerado decir que del paso por Panamá dependía una de las visiones alternativas de su estrategia de desarrollo de Carondelet y de las élites agrarias, textileras y comerciales de Quito, pues, ante el fracaso de las exportaciones hacia el Perú que habían sustentado la economía en los siglos XVI y XVII, se buscaba abrir nuevas rutas

comerciales. De allí su empeño en construir el camino de Malbucho, es decir, la ruta acariciada desde la época de **Pedro Vicente Maldonado**, más de medio siglo antes, para salir a Esmeraldas y conectar con el istmo.

¿Habría influido esa experiencia de mandar un batallón a Panamá en las decisiones posteriores de los patriotas? No es improbable, pero tampoco hay manera de comprobarlo. Pero un ingrediente clave en lo que discutieron los conspiradores esa tarde en Chillo Compañía —probablemente tras oír misa de Navidad en la capilla de la hacienda y degustar el rico almuerzo— habrá sido la capacidad militar del gobierno que deseaban formar. El capitán Salinas, allí presente y muy amigo del anfitrión, tenía gran ascendiente en la tropa, por su larga experiencia militar. Había servido catorce años en la Amazonía, junto con **Francisco de Requena**, gobernador de Maynas y comisario de Límites entre los dominios españoles y portugueses y solo dos años antes, en 1806, había sido el comandante de la fuerza expedicionaria a Panamá. Él era clave para cualquier intento libertario, al ser el único oficial que podría convencer a los soldados de abandonar la causa española y pasarse a la del gobierno criollo. Pero eso, también, vendrá después.

El anfitrión: noble, terrateniente, culto... e independentista

El joven Juan Pío Montúfar y Larrea, hijo del español **Juan Pío Montúfar y Frasso**, presidente de la Audiencia de Quito, y de doña **Rosa Larrea y Santa Coloma**, tuvo que empeñarse a fondo desde que compró en 1785 (*Recuadro*) para recuperar la producción de las haciendas y el obraje. Para ello, residía largas temporadas en Chillo, lo que, por lo demás, era muy agradable, dado el clima, la hermosa naturaleza y la bella construcción de la gran casa de hacienda.

Ahora bien, aquella Navidad de 1808 no era, ni mucho menos, la primera vez que esa casa recibía visitas ni

CHILLO COMPAÑÍA, LA JOYA DE LOS JESUITAS

Juan Pío Montúfar era dueño de la hacienda del valle de Los Chillos (a la que acudieron sus invitados aquella Navidad de 1808) desde 1785, cuando la había rematado, junto con su obraje y las haciendas de Pasuchoa, Pinllocoto y Tigua, por 98.400 pesos. Había pagado de contado 22.000 pesos, aceptado un censo (hipoteca) por 66.400 pesos y por el resto de 10.000 había entregado otra propiedad.¹

El nombre de Chillo Compañía permitía distinguirla de otras de aquel valle, como “Chillo Jijón”, y revelaba su origen: había pertenecido a la orden de los jesuitas y, tras su expulsión, debida a la pragmática sanción de Carlos III en 1767, había pasado a la Corona, que, mediante un comité de temporalidades se hizo cargo de todas las propiedades de los jesuitas en la provincia de Quito, las administró 18 años, hasta cubrir los gastos derivados del viaje y manutención de los expulsados, y las sacó al remate entre 1785 y 1786, obteniendo por ellas la inmensa suma de 1,5 millones de pesos, un poco más de 40% al contado, fondos que fueron a acrecentar las cajas reales.

Por cierto, Chillo había sido la más productiva de las propiedades de la Compañía en la Colonia. Situada en el rico valle de Los Chillos, la mayor fuente de alimentos de Quito desde la prehistoria hasta mediados del siglo XX, era una muestra de esta combinación típicamente quiteña de hacienda y obraje, donde a más de las tierras “de pan sembrar” es decir, de cultivos alimenticios, se tenían los talleres de producción artesanal masiva de telas de lana, para lo que se requerían extensos pastizales para los

hatos de ovejas, y de algodón, que se traía de la Costa. Aunque se sembraba, con provecho, todo tipo de granos, el producto estrella era el afamado maíz de Chillo, que desde el inicio de la conquista aparece en las crónicas como el mejor del país, por sus granos grandes y amarillos y su sabor imbatible.

Como referencia, en ese valle de Los Chillos, es decir, en el área alrededor de los pueblos de Conocoto, Sangolquí, Alangasí y Píntag, según una “composición de tierras” hecha por **Antonio de Ron** entre 1692 y 1698 por orden de la Corona, había tres haciendas, 56 estancias, 11 tierras y “un hato” con una cabida total de 1.692 caballerías. Para entonces, es decir, un siglo antes de la compra del marqués, las órdenes religiosas poseían más de la mitad de todas las tierras en manos de españoles y mestizos de Los Chillos: los jesuitas eran dueños de aproximadamente 340 caballerías (recuérdese que tenían otra hacienda en Alangasí, comprada al capitán **Jerónimo Pita**); las hermanas clarisas de 119; los frailes mercedarios de 115; los agustinos de 112; también tenían tierras los dominicos, y otras órdenes. Siempre según aquel inventario oficial, 20% de toda la tierra de cultivos y pastizales en todo el corregimiento de Quito pertenecía a órdenes religiosas, y más de la mitad de ellas estaba en el feraz valle de Los Chillos.

La hacienda de Chillo Compañía había comenzado el año 1599 por una donación de 25 caballerías (la medida de superficie de la época, ver más abajo) hecha a los jesuitas por el cabildo de Quito en Bilacati, como se llamaba la zona entre Sangolquí y Amaguaña, y, según lo relata **Nicholas P. Cushner** en su libro *Farm and Factory. The Jesuits and the Development of Agrarian Capitalism in Colonial Quito 1600-1767*, fue creciendo poco a poco a lo largo del siglo XVI por adquisiciones sucesivas (ya sea por compras, algunas de ellas a los caciques **Manuel Sangolquí** y **Juan Amaguaña**, ya por donaciones). En 1695 ya tenía 186 caballerías y para la expulsión de los jesuitas, 225.

Como es sabido, la Compañía de Jesús tenía un sistema de haciendas, obrajes e ingenios que permitía sostener sus obras

¹ En el libro *La Patria Heroica*, Jorge Salvador Lara dice que la compra se hizo por “18.400 pesos”, lo que tal vez sea un error de imprenta. La cifra dada aquí viene del documento *Venta de las Haciendas de la Compañía*, Archivo de la Provincia Quitense de la Compañía de Jesús, XXVI. Otro error que no es de imprenta es su afirmación de que hacía tiempo que la hacienda había dejado de ser productiva y que más bien, incluso en la época de los jesuitas, se trataba de una casa de campo, lo que se contradice con los datos.

en las ciudades de la audiencia y sus misiones en el Oriente. El producto de las haciendas y el obraje de Chillo se destinaban a la principal obra educativa de la provincia jesuítica: el colegio de Quito. Solo el obraje proveía entre 50% y 80% de los ingresos netos anuales del colegio. No era para menos: se trataba de uno de los mayores de la Audiencia de Quito, y en él se fabricaban “paños azules”, “negros”, “acañalados”, “bayetas” y “jergas”, y tres cuartas partes de ellos se vendían en Lima, Perú, y el resto en Quito.

Si hoy se habla de “integración vertical” y “horizontal” de la producción y de “cadenas de insumos”, hay que ver el sistema que los jesuitas quiteños tenían montado hasta su expulsión: la hacienda de Pasuchoa, que tenía 233 caballerías, servía para pastizales y provisión de leña y carbón. Y, aunque localizada en el término de Machachi, la hacienda de Tigua, de unas 65 caballerías, también estaba estrechamente relacionada con el obraje de Chillo Compañía, como su principal proveedora de lana. Cuando los jesuitas la compraron en 1685 por 34.959 pesos a don **José Barnuevo**, tenía 22.374 ovejas; cuando la expulsión, 34.124 ovejas, 257 cabezas de ganado y 6 mulas. A su vez, Chillo Compañía tenía, en 1767, 688 cabezas de ganado, 739 ovejas y 91 mulas.

Montúfar, a los 26 años de edad, porque ésa era la edad que tenía al momento del remate, se había hecho de un con-

junto de propiedades que sumadas daban unas 638 caballerías. ¿Qué extensión es eso en términos modernos? La caballería, una medida agraria española usada desde el siglo XII, equivalía a 60 fanegas, cada una de las cuales era la cantidad de tierra necesaria para sembrar una fanega de trigo, siendo la fanega una medida de áridos. Es fácil imaginar que, a lo largo de América, estas formas no estandarizadas de medir daban lugar a complicaciones y variaciones, según el lugar. En Quito, en 1573, el Cabildo de Quito declaró un estándar: definió que una cuadra, otra medida de superficie, era igual a la cabida de la Plaza Grande de la ciudad. En todo caso, los estudiosos modernos han fijado que una fanega era igual a 64,3956 áreas, por lo que una caballería equivale a 38,63 hectáreas modernas. En la época colonial, sin embargo, la caballería se aproximaba en Quito más a 40 ha, mientras en México equivalía a 42,8 ha; en El Salvador y Honduras a 44 ha; en Guatemala, Nicaragua y Puerto Rico a 45 ha, y en Cuba a 134 ha. Es decir que, si se toma la equivalencia de 40 ha, las 638 caballerías de Montúfar representaban 25.520 ha, un territorio descomunal, por más que parte de él eran páramos y quebradas en el Pasuchoa y Tigua. Pero la joya de todas ellas, Chillo Compañía, tenía, en consecuencia, una cabida de 9.000 ha en tierra extraordinaria por su clima, su riego y su facilidad de cultivo.

que en sus salones se hablaba de política. Allí había estado varias veces Eugenio Espejo, cuyo talento alababa el propio Montúfar, en carta escrita a su primo **Melchor Montoya** pocos meses después de haber rematado la hacienda de Chillo. Para entonces, inicios de 1786, Espejo tenía 39 años y Montúfar 27. En la carta a Montoya, Montúfar señala que Espejo “tiene grandes miras no de ambición, sino de servir a la Patria” y declara, con orgullo, que es “su íntimo amigo”. Por su parte, Espejo también hablaría de la mutua amistad; nada menos que en el número siete de su periódico *Primicias de la Cultura de Quito* (27 de marzo de 1792) dice de Montúfar: “Este joven, más ilustre por sus virtudes que por el esplendor de su cuna, honró desde la niñez con su amistad al expresado autor... Le estimuló a escribir y le determinó a dar a luz el referido discurso... Pero lo que importa saber es que, luego que fue escrito, procedió el marqués de Selva Alegre a consultarlo con las personas más juiciosas, ilustradas y capaces de Santafé...”

En efecto, Espejo y Montúfar, mentor y alumno, habían estado juntos en Bogotá en 1789, y fue allí que planearon la fundación de la Escuela de la Concordia y donde Montúfar impulsó a Espejo a escribir su *Discurso sobre la necesidad de establecer en Quito una sociedad patriótica*, que él mismo hizo publicar como folleto.

Sus afanes en la Sociedad Patriótica que los dos fundan al volver a Quito; el propio primer periódico; la publicación de hojas volantes y pasquines y, finalmente, la colocación de las famosas banderolas del “Salva Cruce” en 1794 (ver, en esta misma serie, “Eugenio Espejo, iniciador de la independencia y padre de la nación”, *GESTIÓN* N° 172, septiembre 2008), encuentran siempre a Selva Alegre junto a Espejo. Lo dirá el realista Pérez Muñoz en su carta 14: “En el año 93 se descubrió en Quito, se probó y justificó plenamente que el marqués de Selva Alegre, con Morales, Salinas y los dos hermanos Espejos, fueron autores de los pasquines y banderillas de libertad republicana que



El patio principal de Chillo Compañía.

Santiago Serrano.

amanecieron puestas en las esquinas. El médico Espejo murió durante su prisión, el clérigo salió de ella y los otros ni entraron. Estos mismos han sido los causantes de las rebeliones de 1809 y 1810 y hasta ahora [1815] el marqués de Selva Alegre Montúfar, con todos los de su familia, se están paseando. ¡Oh piedad! ¡Oh justicia!”.

Montúfar no “se estaba paseando” como este enemigo de la independencia de América y de los criollos aseveraba en sus cartas... Como bien lo resume **Jorge Salvador Lara** (*La Patria Heroica*), Montúfar había sido “perseguido ferozmente” por los españoles, en especial **Arredondo** y **Fuertes Amar** en 1810, y tras ser vicepresidente de la segunda Junta Soberana de 1810 y firmante de la Constitución de 1812, fue confinado a Loja, con grillos, en 1813. No contentas con eso, en 1814 las autoridades españolas le confiscaron todos sus bienes para entregarlos a **Juan Vásquez Rengifo** y a **Agustín Galup**. Precisamente el año de 1815, cuando al parecer escribe Pérez Muñoz, Montúfar había renunciado al marquesado, en gesto de “soberbia y virilidad”, como dice **Neptalí Zúñiga**. El ex marqués habría de volver a conspirar en 1816 y nuevamente, apresado en 1817, fue desterrado a España, donde habría de morir en 1818. Se había dicho que murió en Cádiz, pero datos recientes permiten afirmar que murió en un lazareto llamado la Finca de Martín Navarro, en el pueblo de Alcalá de Guadaira, muy cercano a Sevilla.

El anfitrión de la Navidad de 1808 era pues uno de los más importantes criollos que luchaban por la independencia. Había apoyado a Espejo, financiado la publicación de su discurso y había sido uno de los mecenas del primer periódico de la historia de Quito. Esta relación, cabe insistir, también está probada por las expresiones del presidente de la Audiencia **Joaquín de Molina** —aquel que nunca llegó a posesionarse de su cargo en Quito debido a la revolución del 10 de agosto—, quien señala que “el verdadero término al que aspiran [los quiteños] es su soñada independencia... fru-



DECÍA EL PRESIDENTE DE LA AUDIENCIA QUE “EL VERDADERO TÉRMINO AL QUE ASPIRAN [LOS QUITEÑOS] ES SU SOÑADA INDEPENDENCIA... FRUTO DE LAS SEMILLAS QUE DEJÓ SEMBRADAS UN VECINO NOMBRADO ESPEJO, QUE SE HA CULTIVADO DESPUÉS POR LA VITANDA FAMILIA DE LOS MONTÚFAR”.



to de las semillas que dejó sembradas un vecino nombrado Espejo, que se ha cultivado después por la vitanda familia de los Montúfar”. “Vitanda”, es decir “odiosa, execrable” familia.

Lo confirma una fuente realista adicional: para el procurador **Ramón Núñez del Arco**, en el minucioso informe que sobre todos los implicados en la revolución de Quito presenta al general **Toribio Montes**, Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, es el “Autor de las insurrecciones que meditó desde 1784. Presidente de la Primera [Junta] con título de Alteza Serenísima. Vicepresidente en la Segunda, como se hizo igualmente elegir para el Poder Ejecutivo en la independencia. En suma, hombre caviloso, intrigante y causa de la ruina de Quito, y trastorno de toda la América. Toda su familia insurgente y pésima...”

Los convidados

Si el anfitrión era un representante arquetípico de la aristocracia criolla, que poseía títulos nobiliarios, tierras e indios (porque el control de éstos era clave para todo lo demás), ¿quiénes eran los invitados que, después de almorzar, se quedaron alrededor de la mesa para adoptar determinaciones fundamentales para el futuro? Era un conjunto interesante de personajes, que mostraba la alianza de clases que actuaría en la independencia, y por la que, algunos de ellos a muy cor-

to plazo, entregarían sus vidas y sus fortunas.

En esa hacienda, Montúfar había recibido tanto a Espejo y a **José Mejía Lecquerica** como a los sabios **Alejandro de Humboldt** y **Aimé Bonpland**, a quienes había alojado como sus huéspedes durante varias semanas, habiendo invitado, para que compartiera con ellos, al sabio neogranadino y luego prócer de la independencia de Colombia, **Francisco José de Caldas**. Su hijo **Carlos Montúfar** se había convertido en el compañero y guía en las excursiones que desde allí emprendían al Cotopaxi, al Sinchola-gua, al Rumiñahui, seguramente haciendo tambo y con las acémilas de la hacienda de Pasuchoa, y luego había viajado con ellos por América, antes de dirigirse a España.

Allá habían llegado numerosas veces los presidentes de la Audiencia, en especial el barón de Carondelet, con su secretario, el doctor Juan de Dios Morales, que ese día volvía a estar allí.

Morales, nacido en 1767 en Rionegro, Antioquia, Nueva Granada, vivía desde 1790 en Quito, adonde había llegado como primer oficial de la secretaría del sabio presidente de la Audiencia **Antonio de Mon y Velarde**. Sin embargo, al haber sido llamado Mon a Sevilla tan solo un año después, para integrar el Consejo de Indias, Morales había sido postergado por el siguiente presidente **Luis Muñoz de Guzmán**. Los desplantes presidenciales llevaron al joven antioqueño, que mientras tanto se había recibido de abogado en la universidad de Quito, a renunciar a su cargo administrativo y dedicarse a la carrera judicial, donde fue nombrado en primer lugar defensor de pobres y después fiscal de lo penal.

Pero la universidad, sus estudios y la amistad con Eugenio Espejo le llevaron también a la causa de la independencia. Precisamente él habría de defender al presbítero **Juan Pablo Espejo**, hermano de Eugenio. Cuando por fin fue reemplazado Guzmán y llegó de presidente el barón de Carondelet, éste enseguida aquilató la inteligencia y cultura de Morales y lo nombró su secretario.

El antioqueño era el más fogoso e inquieto de los que ese día conversaban en Chillo: habrá recordado a todos las ideas de Espejo, los planes trazados de antemano y la necesidad de actuar de inmediato. No era, por cierto, la primera de las reuniones que se hacían para fraguar la independencia. El propio fiscal **Tomás de Aréchaga**, en su acusación fiscal el 21 de abril de 1810, lo menciona: “Habían celebrado en esta ciudad varias Juntas privadas, a consecuencia del arribo de D. Manuel Urríes [sic], con el fin de realizar el proyecto”. En efecto, en lo que el grupo coincidía era en que el nuevo presidente de la Audiencia, este **Manuel Urriez**, conde **Ruiz de Castilla**, llegado pocos meses antes, no era precisamente una autoridad que fuera a impulsar el desarrollo de Quito, como lo había hecho Carondelet, y que, al contrario, su avanzada edad, su medianía intelectual y su falta de voluntad iban a ser negativas para la ciudad.

En realidad, los problemas con la administración española se habían agudizado desde el día mismo de la intempestiva muerte de Carondelet, el 10 de agosto de 1807: el coronel **Diego Antonio Nieto**, quien se hallaba de paso para asumir la Intendencia de Puno, se arrogó las funciones de presidente de la Audiencia, argumentando ser el militar más antiguo y de mayor rango. La Audiencia se opuso a esta pretensión. En Quito se dividieron las opiniones, pero claramente Juan de Dios Morales, como magistrado, y Juan Salinas, como el militar al frente de la guarnición de la plaza, se opusieron a Nieto. Finalmente, las maniobras de Nieto prevalecieron, habiendo sido confirmado en el interinato por el virrey de Nueva Granada. Lo primero que hizo fue tomar venganza: humilló a Salinas y recortó sus funciones, mientras ordenó al gobernador de Guayaquil, coronel **Cucalón**, que apresara a Juan de Dios Morales, quien había acompañado al puerto a la viuda de Carondelet, doña **María Castañón**, que retornaba a España.

Sus amigos de Quito pusieron a Morales sobre aviso. Y aquí hay que

dejar la narración a un protagonista excepcional, el joven **Vicente Rocafuerte**, que acababa de regresar de París y quien lo habría de contar él mismo: “En ese tiempo, la viuda de Carondelet fue a Guayaquil con su familia, y la acompañó el Dr. Morales. El primer uso que el Crnel. Nieto hizo de su disputado poder fue descargar los tiros de su venganza contra su opositor Morales, mandarle a arrestar en Guayaquil, y en seguida enviarle preso a Quito. Sabido esto por la Baronesa, a quien yo visitaba todos los días, me mandó llamar, para suplicarme ocultase a Morales en la hacienda de Naranjito y lo pusiera a cubierto de las tiránicas persecuciones del intruso Presidente. En efecto, me lo llevé al campo y lo tuve escondido, hasta que el Sr. Nieto regresó al Perú”.

Y prosigue Rocafuerte: “En este tiempo, Morales y yo discutimos largamente la cuestión de la independencia de América y convinimos en que había llegado la época de establecerla: solo diferimos en los medios de llevarla a cabo y obtener el mejor resultado. Yo era del sentir que esperaríamos a formar y extender la opinión, por medio de sociedades secretas; de extenderlas al Perú y a la Nueva Granada, para ayudarnos en tan poderosos auxiliares. Él quiso todo lo contrario, y que en el acto mismo se diese el grito de independencia”. (*A la*



MARQUÉS DE SELVA ALEGRE

Nación, N° IX, Colección Rocafuerte, Vol. XIV, pág. 170).

La misma urgencia transmitiría Morales en la reunión de Chillo. La prohibición de regresar a Quito, que pesaba sobre él desde cuando Nieto tuvo información que Morales se había esfumado, le fue conmutada por el propio conde Ruiz de Castilla, con quien Morales había conferenciado en Guayaquil, cuando llegó de paso a Quito para posesionarse del cargo de presidente de la Audiencia. Pero Ruiz de Castilla, no muy seguro de la situación, transó: no le permitiría residir en la capital, pero sí en alguno de los pueblos de sus cercanías. Por eso, Morales había estado un tiempo en Latacunga y en las últimas semanas se hallaba en Píntag, de huésped del párroco, el lojano José Riofrío, amigo cercano y quien compartía con todos los reunidos el anhelo de independencia. El historiador liberal Roberto Andrade dice que “Morales era estudioso, ilustrado, diligente, emprendedor, de modales atractivos, así como de espíritu esforzado, de robustez intelectual. Era el eje de la máquina revolucionaria...”. Su papel esa tarde, como en todo el proceso que seguiría a partir de allí, iba, en efecto, a ser decisivo.

Nicolás de la Peña Maldonado—quien iba a demostrar en los años siguientes gran valentía y tenacidad en la lucha, y habría de terminar ofrendando su vida al ser fusilado junto con su mujer Rosa Zárate— era nieto del mayor científico de la Audiencia de Quito durante la Colonia, el insigne Pedro Vicente Maldonado, pues sus padres eran el español **Manuel Díez de la Peña** y **Juana Maldonado**, hija del sabio geógrafo. Era teniente coronel de las milicias, es decir, en aquellos ejércitos de voluntarios que cuando era menester se formaban con los hacendados y algunos de los criollos de las ciudades, sobre todo para enfrentar los levantamientos de indios. Salinas, en cambio, aunque también de familia terrateniente, era un soldado profesional, en el pequeño ejército regular que mantenía la Corona.

Ambos eran muy estrechos amigos del marqués, al punto que el segundo,

FRAGANCIA AMAZÓNICA
EN COSMÉTICA ITALIANA

La línea cosmética Ikiam, de la Fundación Chankuap, oferta materia prima a Italia y ahora busca consolidarse en el mercado de ese país europeo con artículos de tocador y aseo, elaborados con aceites esenciales de la Amazonía.

“Para entrar en la comercialización en el mercado italiano, se realizan los análisis pertinentes a las materias primas para cumplir los requisitos que exige este mercado. Hay interés de algunas tiendas de comercio justo de vender los productos de Ikiam”, señala **Paúl Arévalo**, responsable comercial de Chankuap.

Esta entidad, de la provincia de Morona Santiago, trabaja desde 1996 en el cultivo y producción de productos naturales de forma sustentable. En 2002, lograron las primeras destilaciones de aceites esenciales de plantas aromáticas y medicinales, y un año después se convirtieron en proveedores de aceites de ishpink y jengibre, y del aceite vegetal de Tunurahua para una línea cosmética italiana.

Arévalo sostiene que “las primeras investigaciones han identificado que los aceites esenciales representan un trabajo muy importante, porque se obtiene un producto con valor agregado, de bajo peso y volumen”.

Esta circunstancia —añade— permite a las comunidades de la selva amazónica ingresar a una cadena productiva, en la cual “el gasto de transporte aéreo no influye significativamente, a diferencia de la mayoría de productos agrícolas que, debido a ese gasto, resultan poco competitivos”.

Los productos Ikiam abarcan jabones líquidos, aceites para masajes, cremas nutritivas y *shampoo*. Se trabaja en el desarrollo de productos fitofarmacéuticos y en fórmulas de jabones sólidos. Lo inmediato es posicionar la marca en Quito y ciudades cercanas, con una proyección de venta este año de 50.000 unidades.

De acuerdo a la publicación *Ecuador Exporta* —de la Corporación de Promoción de Exportaciones e Inversiones—, el mercado local “tiene interés en estos productos”, que se ofertan en tiendas de comercio justo y centros naturalistas.

Además, Chankuap elabora especias (cúrcuma, jengibre, ají, achiote, albahaca) y aguas aromáticas e infusiones medicinales (guayusa, hierba luisa, ishpink y jengibre). (L. S.) 

años atrás, en su primer traslado como subteniente a Guayaquil, había sido encargado de cobrar algunas deudas que Montúfar tenía en aquella ciudad. Cuando había comandado dos años antes el batallón para reforzar Panamá, otro de los contertulios de esa tarde, el elocuente abogado Rodríguez de Quiroga, oriundo del Alto Perú que vivía desde pequeño en Quito, donde había recibido toda su formación, había compuesto una *Oda a la tropa* que si no era un dechado de la lírica sí daba a entender con claridad los anhelos de independencia. Aquellos versos llamaban a reflexionar en la situación de Quito: “Pensad por un momento,/ las que amenazan a la Patria, penas;/ traed al pensamiento,/ vuestros hijos cargados de cadenas” y también, a propósito de la lucha contra Inglaterra, exaltaban el ejemplo de la independencia de EEUU: “los Estados Unidos,/ la capital que el Delaware baña,/ sus pueblos oprimidos/ por los rigores de la Gran Bretaña,/ son seguros testigos/ de aquestos enemigos/ que obligaron al fiel Americano/ a sacudir un yugo tan tirano...”

La última noticia llegada a Quito informaba que tres meses antes, el 25 de septiembre de 1808, se había constituido en Aranjuez una Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino y exigía obediencia en España y América, desplazando a la Junta Suprema de Sevilla. La junta se había formado tras la victoria el 19 de junio de ese mismo año del ejército conjunto anglo-español contra la *Grande Armée* francesa (la primera derrota del ejército de Napoleón en tierra) en la batalla de Bailén y tras la declaración del Consejo de Castilla de que las abdicaciones de Fernando VII y Carlos IV en Bayona eran nulas. Los hilos de la historia de Quito y de los sucesos de Europa se trenzan aquí de manera inimaginable: quien comandó el ejército triunfador en Bailén fue el general **Francisco Javier Castaños Aragorri Urioste y Olavide**, hermano de doña María, la viuda del barón de Carondelet... y entre los oficiales que lucharon con distinción en esa batalla estuvieron nada menos que Carlos Montúfar, el hijo del anfitrión de que

había partido para Europa con Humboldt unos años antes con recomendaciones para el general Castaños dadas por su propio cuñado, y **Antonio Villavicencio**, otro quiteño. Los dos oficiales habrían de venir luego en 1810 a América como comisionados regios, nombrados para Quito y Nueva Granada, respectivamente.

Pero eso vendrá después. Por ahora, los convidados llegaron pronto a convenir en que no tenían que discutir más si daban el golpe, sino pasar a precisar cuándo lo harían. Discutieron algunas posibilidades y llegaron a un acuerdo que no dejó de ser solemne: la acción para cambiar el Gobierno español y establecer uno propio de Quito se realizaría en Carnaval. Este dato lo da Pérez Muñoz: “Se aprovecha Selva Alegre y los suyos de la ancianidad, dejamiento y disposición del Conde Ruiz y tratan de realizar en las Carnestolendas el plan de la rebelión” (Carta 15).

Ahora bien, ¿cuándo cayó Carnaval en 1809? Nadie se ha planteado esta simple cuestión en la historiografía ecuatoriana. Como es sabido, el Carnaval depende de la Pascua, que es una fiesta móvil, de la que se restan los 40 días de Cuaresma que se inicia el Miércoles de Ceniza, al concluir el Carnaval. ¿Y cómo se fija la fecha de la Pascua? Todos allí sabían, y si no, allí estaba el cura Riofrío para recordárselo, que la Iglesia Católica, a partir del Concilio de Nicea del año 325, resolvió que el Domingo de Resurrección es el primer domingo posterior a la primera luna llena de la primavera, es decir, la primera después del 21 de marzo cuando aquélla comienza en el Hemisferio Norte. En el año 1809, el primer plenilunio de primavera caía el 31 de marzo, por lo que el domingo de Pascua iba a ser el 2 de abril y el domingo de Carnaval el 12 de febrero. Por lo tanto, el golpe, acordaron todos, se daría entre el 13 y 14 de ese mes. Tenían 50 días para prepararse.

Con esta determinación, salieron de Chillo los convidados del marqués de Selva Alegre hacia sus destinos en Quito y Píntag. Se había iniciado la revolución de Hispanoamérica. 